



► 10 Agosto, 2016

**El rap como terapia para
menores delincuentes** P19



▶ 10 Agosto, 2016



Dos de los menores reclusos y participantes en el taller de reinserción de rap en Mollet del Vallès (Barcelona). / CARLES RIBAS

“Siempre compongo rap cuando estoy a punto de estallar”

Un centro de menores catalán desarrolla un taller de ‘hip hop’ para reinsertar a jóvenes con problemas mentales y de adicción. Ya han editado dos discos

CARLOS GARFELLA, **Barcelona**
“Siempre había sido un chico muy depresivo. Por las mañanas lo veía todo negro”, dice Solo One. “Me gustaría quitarme este sufrimiento, poder compensar a la gente a la que he hecho sufrir”, explica el joven con unos auriculares colgados en el cuello. Al rapero apenas le gusta hablar del pasado. Prefiere centrarse en el presente y en el futuro. “He hecho cosas de las que me arrepiento. Mi familia ha sufrido mucho por mí. Con 15 años cogí el coche de mi padre y lo estampé contra un supermercado. También hacía otras cosas que prefiero no recordar...”, concluye.

Esta confesión recuerda a la canción de Antonio Flores: “Si pudiera olvidar todo aquello que fui, si pudiera olvidar todo lo que yo vi, no dudaría...”. Muchos artistas se han refugiado en la música y las mentes atormentadas se sitúan a veces a un paso de la genialidad. Quizá solo es cuestión de tiempo, pero el rapero citado, que ahora tiene 17 años, hace apenas un suspiro se pasaba el día en la calle y consumía drogas. “Ahora, en cambio, escribo canciones”, explica Solo One, iniciado en el arte de juntar rimas gracias a un taller educativo del Centro de menores Unidad Terapéutica de Til-lers (Mollet del Vallès, Barcelona). “El rap me ha ayudado a ganar confianza, a creer más en mí. Antes no tenía motivaciones en la vida”, suspira con una media sonrisa.

El rap se originó en los márgenes. Es un género musical muy

desarrollado en la comunidad afroamericana de Estados Unidos, donde ha hecho grandes fortunas. Posteriormente, se extendió por todo el mundo sin distinción de clases y razas hasta ser aceptado por las grandes compañías de discos. En España se desarrolló en los noventa.

“Quiero dedicarme a cantar y componer. Cuando tenga dinero, me compraré un equipo y grabaré un disco”, afirma Solo One. Desde que salió en régimen de semilibertad de un centro de reclusión para menores hace unos

meses, el joven compositor trabaja en el negocio de sus padres, algo impensable hace unos meses. “He encontrado el hombro sobre el que llorar. Antes no le veía sentido a la vida. Ahora estoy motivado y solo pienso en ahorrar para seguir con mi proyecto. Me he llegado a pasar noches en vela escribiendo sin parar”, explica con dos ojeras pintadas en la cara.

El rap como elemento rehabilitador. Esa es la finalidad que desde la Unidad Terapéutica de Til-lers se pretende inculcar a los

jóvenes internados en este centro, algunos con problemas mentales o de adicción. “Cuando empiezan el taller, los chicos cambian, se abren. En las canciones explican cosas muy íntimas que llevan dentro y que hasta ahora no se atrevían a sacar”, explica Rubén Varás, educador social del curso.

Desde que se inició el taller, hace ya un año, una veintena de chicos de 14 a 20 años ha participado en él. “Es voluntario, pero al final todos lo quieren cursar. El que no canta, puede compo-

ner, diseñar o hacer trabajos de producción”, explica el educador. Este trabajo en equipo ya ha dado sus frutos en forma de dos discos: *Versos entre muros* y *Rapeando está mi vía*. “Yo les ayudo un poco pero lo han hecho todo ellos, estoy muy orgulloso”, dice Varás. Gracias a los beneficios por la venta de estos dos discos en ferias solidarias, el centro ha podido mejorar el estudio de grabación y comprar un equipo de mezclas. “Empezamos con un micrófono de karaoke y cada vez nos vamos profesionalizando más. Los chicos están muy motivados”, añade.

Momentos de inspiración

Adrianna (nombre ficticio) es una joven de 17 años que cumple condena en el centro desde hace cinco meses. “Siempre compongo cuando estoy a punto de estallar. Cuando ya no puedo más cojo un bolígrafo y me pongo a escribir sin parar”, explica a través de una rima improvisada. Con una melena rubia que casi le llega a la cintura, Adrianna guarda en sus bolsillos las rimas que compone en sus mayores momentos de inspiración: “Gracias por seguir, por luchar, por sobrevivir, mamá. Gracias por ayudarla, por cuidarla papá”, se puede leer en una de sus notas repletas de tachones.

Adrianna, a diferencia de su compañero Solo One, ya escribía rap antes de ingresar en el centro. “En primero de la ESO empecé a escaparme del colegio. No me sentía bien conmigo misma”, explica. “Empecé a componer para poder contar a través de las canciones lo que no podía con las palabras. En el centro me motivé todavía más. En un mes llegué a escribir hasta 12 canciones”, agrega.

Son de las malas experiencias de las que Adrianna se nutre para componer unas letras cargadas con mensajes sociales y críticas a una “sociedad que te agrega en Facebook y luego no te saluda por la calle”. Aunque también, admite, se inspira en el enorme amor que siente por su familia: “En mis canciones hablo de ellos. Le digo a mi madre que la quiero muchísimo y que no puedo vivir sin ella. Cuando las escucha se emociona y lloramos”, confiesa.

Rimas como terapias

La música se emplea en numerosos proyectos de rehabilitación

ANA IRAGORRI, **Madrid**
¿Puede la música enmendar errores? Cada vez son más los programas en todo el mundo que utilizan la música como terapia de reinserción o terapia. En España, por ejemplo, iniciativas como Culturapia, organizada desde el 2015 por la Fundación Caja de Burgos y la Obra Social La Caixa, busca llevar la cultura a hospitales, psiquiátricos y cárceles.

Culturapia colabora con la Unión Gitana de Burgos en el centro penitenciario de la ciudad ofreciendo talleres formativos y culturales a los internos. Allí es dónde ha nacido Flow Kaló, un trío rapero compuesto por Vandy, Cardín y Dino que ha logrado

producir *Irresistible*, grabado en la cárcel.

En Bogotá se aplica el Modelo Estéreo: Entre Patio y Patio. Este proyecto del artista colombiano Mario Grande junto con estudiantes universitarios ha logrado atravesar los muros del Establecimiento Carcelario La Modelo de la capital colombiana para grabar la historia de sus presos. Paralelamente, ha conseguido instalar un estudio profesional de música en el interior de la prisión. Ahora, los internos de La Modelo pueden aprovechar el espacio para dejar constancia de su paso por la cárcel e incluso participar en la producción de piezas musicales que serán comercializadas.

Otras melodías ocupan las celdas de la Unidad Penal 48 de San Martín, una penitenciaría de máxima seguridad de la localidad de José León Suárez, en el norte de Argentina. Allí, se escuchan los versos e instrumentos de Rimas de Alto Calibre, el fruto de un taller musical creado por dos profesores de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Lautaro Merzari y José Lavallén son los padres de este programa educativo de integración social que permite tanto a los presos como a los ya liberados formar parte de un conjunto que explora también el reggae, la cumbia, el hip hop y el rock.

La terapia musical se aplica también desde hace años en Estados Unidos. The Prison Arts Coalition, fundada en el 2008, es una plataforma-web nacional que se encarga de agrupar todos los programas artísticos y abundan los de reinserción social a través de la música como Ward Hypes, More Than Music, Prison Times o Soledad Prison.

Se suman a la lista proyectos como Música para la Reinserción Social en Paraguay, que se encarga de enseñar a los presos a fabricar instrumentos. Los internos de la Penitenciaría Regional Padre de La Vega y las presas del Correccional de Mujeres Casa del Buen Pastor son los protagonistas de estos talleres, donde también aprenden a tocar la guitarra y el violín, formar parte del coro e incluso grabar un CD. *Sueños de libertad*, que contiene 14 canciones, ha sido su pasaporte hacia la rehabilitación.